

Introducción

Ser niño, niña, adolescente o incluso adulto, de cualquier edad, no resulta fácil en los tiempos que corren.

Los adultos no poseemos las respuestas a las preguntas que nos formulan los más jóvenes. (Para ser francos, los adultos, de cualquier generación, nunca han tenido todas las respuestas o, como dice un grafiti, “cuando ya tenía las respuestas, me cambiaron las preguntas”).

De cualquier manera, la velocidad con que actualmente acontecen los hechos y la realidad se transforma, nos toma por sorpresa a todas las generaciones. En términos de cambio climático, por ejemplo, los efectos que se esperaba que podrían ocurrir en el mediano o en el largo plazo, hoy ya son una realidad tangible, con la cual convivimos a diario. Lo mismo ocurre con otros riesgos y desastres, no necesariamente atribuibles al cambio climático, y con otros procesos, como la crisis alimentaria que, mientras esto se escribe, afecta a un porcentaje importante de los países del planeta.

O con el incremento de las tensiones entre potencias mundiales y que podría conducir a nuevos calentamientos locales de una guerra fría que –como lo decimos más adelante- no ha terminado, sino que se ha redefinido y cuyas expresiones, intereses y actores, se han diversificado.

Es como si la humanidad se acercara al momento ineludible de tener que responder por lo que ha significado nuestro paso por la Tierra.

Ni los que hoy somos adultos, ni las generaciones anteriores, hemos cumplido a satisfacción con la “responsabilidad intergeneracional” que subyace en la esencia del desarrollo sostenible y que, en resumen, consiste en que no deberíamos dejarles cuentas sin pagar a las generaciones futuras.

¿Qué podemos hacer hoy, a estas alturas de la crisis, cuando somos concientes de que las consecuencias de nuestros errores todavía van a permanecer en el planeta durante varias décadas?

Además de todo lo que hoy se haga para corregir esos errores, nos corresponde aportarles a quienes llegaran después de nosotros a la Tierra, todos los elementos de análisis posibles para evitar que en el futuro se sigan repitiendo esos errores.

Territorios seguros y escuelas seguras, no son los que están libres de riesgos, sino los que poseen resistencia y resiliencia para evitar los desastres o para recuperarse de ellos.

Y junto con los niños, las niñas y los adolescentes de ahora, nos toca construir herramientas para manejar creativamente la inevitable incertidumbre. Para aprender a convivir con el caos, que no necesariamente es algo negativo, sino un orden intrínseco de los procesos naturales, que se encuentra por encima del control humano.

En esta tarea, por supuesto, la educación cumple una función de primer orden: tanto la formal, la que tiene como escenario a la escuela, como la educación no formal y la informal, que continúa, a veces de manera imperceptible, con la información pública, incluida la comunicación que se realiza a través de los medios.

*Por ser la escuela (los centros educativos) uno de los escenarios privilegiados de los procesos de enseñanza-aprendizaje, tanto sus elementos físicos y estructurales, como sus procesos administrativos y pedagógicos, deben estar en condiciones de ofrecerles un **entorno seguro** a quienes integran la comunidad educativa. Un entorno en el cual puedan germinar la autonomía y la esperanza, además de la auto-confianza necesaria para salir a transformar el mundo.*

Las cifras sobre la cantidad de niños y niñas que han perdido sus vidas o que han resultado gravemente afectados en desastres recientes, constituye un argumento de peso para insistir no solamente en la necesidad de avanzar hacia la construcción de territorios que les ofrezcan una seguridad integral y verdadera a sus habitantes, sino también para alertar a los tomadores de decisiones sobre la gravedad de no hacerlo de manera oportuna y adecuada. Las escuelas y sus ocupantes también figuran entre quienes pagan las consecuencias de las decisiones equivocadas sobre la manera de concebir y de llevar a cabo el desarrollo.

A pesar de la gravedad del panorama actual, el mensaje general de este documento es de optimismo, o más bien, de confianza en las capacidades de la Vida y de los seres humanos. La “filosofía” que lo inspira (una manifestación de confianza en el poder de la Vida) está resumida en el discurso titulado “La gestión del riesgo hoy: del deber de la esperanza a la obligación del milagro”, que incluimos a manera de introducción de las HERRAMIENTAS CONCEPTUALES (Parte II).

* * *

Como es evidente, este documento está muy lejos de agotar un tema, que cada vez posee mayores implicaciones y es más vasto. UNICEF, la Estrategia Internacional para la Reducción de Desastres EIRD y muchas de las organizaciones nacionales o internacionales a las cuales están ligadas las personas a las cuales van dirigidas estas páginas, han adelantado en el pasado y hoy adelantan, procesos educativos tendientes a fortalecer la seguridad de los centros escolares y de las comunidades educativas, no solamente frente a los riesgos generados por dinámicas naturales, sino a los de otros orígenes y que a veces pueden ser más graves e inmediatos. En general, en países como los nuestros, no podemos darnos el lujo de adelantar gestión del riesgo exclusivamente frente a procesos originados en fenómenos naturales.

Este es, en consecuencia, un texto abierto, que adquirirá utilidad y significado en la medida en que sus lectores y lectoras se sientan convocados a enriquecerlo, a través de la reflexión y de la práctica.